

UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

Crónica de lo sucedido en Huancavelica en Los Andes Centrales del Perú

Época: la del terror indiscriminado/ la del miedo y desconcierto/ la de la muerte.

El suave viento del crepúsculo atravesaba delicado aquel lugar. La tarde ya era tornasolado mar. El viento acariciaba todo lo que encontraba a su paso. El cielo abría sus ojos empapando el paisaje con sus forzadas lágrimas. El sol despedía su asomo. Nubes negras aplastaban —cotidianas— esa tarde que había sido luz. Cielo azul y nubes de miel que ya no más serán hoy. El tiempo parece detenido pero no. El es así: engañoso pero implacable. Son inmensas é incólumes las pétreas y áridas montañas. Vegetación inexistente. Verdor que acá no extrañan.

Un manto oscuro tétrico cubre con su ácido hedor lo humano. Soledad de miedo y... muerte? El viento —tenebroso— recorre ahora enfurecido su señorío azotando a los árboles que danzan un ballet inexpresable. Ah! noche fría y melancólica. Silencio sa y tímida. Los espera.

Desde las entrañas de esta boca de lobo apareció una vaga silueta. Sonido de pasos que se oían cada vez más cerca. Pedro esperaba en silencio a su compadre. Juan llegó vestido con un grueso poncho y un chullo enfundado hasta los ojos. Se acercaba en esta noche helada y terrible al lugar de reunión. Se encontraron y con una sonrisa se dieron las frías manos. Sin decir nada emprendieron el largo camino invadidos por la desazón y... el miedo. Por qué el miedo? Por qué? Por el terror a eso que significaba poder morir ahí? Sin más? Morir. Morir. Simplemente eso.

Caminaban presurosos. A lo lejos una luz los guiaba. Camino largo y escabroso. Tropezaron muchas veces pero cierta esperanza los hacía duros y a la vez sonrientes. Esperanza en la luz. Esperanza en el camino. 'Ya llegamos' dijo Pedro. Al frente se erguía modesto pero imponente un templo. Si era la Iglesia: su Iglesia. Ahí parados ellos con indescriptible alegría buscando a Dios. En busca de paz. Ya no el terror ni la muerte. Estaban ahí.

Al interior dieciocho personas los esperaban en ese lugar. Igual que Juan y Pedro venían a buscar paz. Habían venido de diferentes lugares. Todos pasando por aquella oscuridad y frío. Ahora eran veinte las almas en comunión. Todos de rodillas clamando a Dios. Que ya llegue la paz a sus vidas. A sus comunidades. A sus pueblos. Que no haya más sangre derramada ni dolor. Cada uno decía frases distintas como: 'nunca te fallaremos' ó 'siempre confiaremos en ti'. Otros se quejaban diciendo: 'por qué esto si nunca te hemos fallado!' Y a así innumerables frases repetidas con dolor y esperanza. Querían creer. Querían consolación en esa especie de Juicio Final que sufrían.... Gracias Señor! dijo uno de ellos. Era el líder de todos. El llamado pastor. Y todos se pusieron de pie con lágrimas en los ojos. Todos. Los veinte .

Se empezaron entonces a abrazar- A saludarse todos. Crecía un bullicio que era esperanza. Sonrisas dibujadas en sus rostros. Algo que parecía felicidad. Felicidad pintada por doquier . Felicidad hoy y mañana ó acaso para siempre. Nadie lo sabía.

De pronto se escucha un disparo que viene de lo más profundo de la oscuridad. Una vez más estaba ahí la muerte. Acechando. Venía desde las entrañas de la noche buscándolos. Todos corrían ya. Desesperados. Tratando de escapar de aquél cruel destino llamada muerte. A través de sus mentes pasaba un mar de ideas. De imágenes. Ya pasadas. Que no se podían borrar. Imágenes de sangre que corrían como ríos espeluznantes. Todos iban hacia la puerta. Apretujándose. Perdida ya la conciencia. Demasiado tarde. La indeseada muerte ya estaba ahí. En aquella puerta. Esperándolos. Vestida de negro. Con capucha. Era ella la que los miraba cruel. Fijamente. Con aquellos ojos de maldad intrínseca. Y los veinte inmóviles esperando que una bala traspase sus gimientes cuerpos.

'Malditos perros! Hoy se mueren acá mismo' dijo uno de ellos. Alzaba ya su arma para disparar. 'Qué hacer?' la mente paralizada por el miedo. Una sola bala y fin de cada historia. 'Qué hacer mi Dios?' decían en silencio. 'Sólo hay una manera de que salven sus perras vidas!!' grito el que comandaba el grupo de encapuchados armados de metralletas y rifles. 'Escupan sobre sus patéticas Biblias y digan que todo esto es mierda!' grito con rabia. 'Y luego échenlas al fuego' y concluyó: 'sólo así podrán vivir!'. Los veinte desconcertados no sabían qué hacer... 'Si lo hago —pensaban- estaré traicionando a Dios. Pero esto es sólo un libro.' Todo esto pasaba por sus mentes llenas de miedo. Era su única oportunidad de vivir.

Alguien entonces se les puso al frente. Escupió su Biblia y dijo: 'todo esto es una mierda!' La tiró y le prendió fuego... sí al sagrado libro... Uno a uno los siguientes -llenos de pavor- hicieron lo mismo. Sin pensar. Robots en Los Andes manejados por la mano siniestra del terror. Uno a uno iban pasando. Blasfemando. Traicionando lo más sagrado de sus vidas. Menos tres... Dos de ellas eran Pedro Y Juan. Ahí estaban serenos y seguros de la grandeza de su Dios aquellos tres. Los que no quemaron sus Biblias. Aquellos que iban a dar todo por su Dios. Aquellos que a causa de Dios serían muertos hoy. Mirando fijamente el vacío. Mirando los ojos de aquellos asesinos. Esperando que las balas atravesaran implacables su cuerpo inerme. Cerraron los ojos para mejor sentir la esperada entrada al Paraíso.

Afuera el frío se hacía cada vez más intenso. El viento ululaba sobre el ichu seco. La noche ahora es luto eterno. Ha cubierto todo con su manto. La noche es silencio. Trabajosa tranquilidad. Oscuridad inconmensurable que se lleva todo a su paso. Naturaleza muerte.

Se oye un disparo. Sonido caliente que se pierde a lo lejos. Eco que se rebota y se pierde. Luego las ráfagas. Los disparos humeantes en su locura. Imposible decir cuántos. Interminables. Ruidos escalofriantes que no cesan.

De pronto. Ahora sí. El silencio total. Aroma a carne chamuscada. Muerte. Muerte. Muerte.. Silencio infinito. Mudez indescriptible.

Ahí en el suelo frío de aquella Iglesia surcan sus gradas los ríos de sangre. Restos de casquillos por todos lados. En el suelo. Si en el suelo diecisiete muertos ensangrentados. Irreconocibles. Los otros tres tomados de la mano abrieron los ojos y se quedaron perplejos ante el alucinante cuadro... la muerte se iba ya encapuchada de negro. Subiendo el monte. Oscuridad en la oscuridad.

Texto original de Huber Soto

(escrito en San Agustín de Cajas en el Valle del Mantaro)

Corrección de estilo: ricardo quesada

DESAKATO

